

ques para buscar con toda solemnidad á la culpable y llevarla al suplicio, esperaban los circunstantes su vuelta con ansiedad y júbilo.

De pronto se propagó una noticia que asombró á todos.

—Litzajaya ha desaparecido de su prision,—decían unos á otros.

En efecto; cuando los teopixques penetraron en el calabozo donde se hallaba para conducirla al ara, la buscaron en vano.

La esposa de Naothael, la amante de Velazquez de Leon, habia desaparecido.

—Antes de morir,—se habia dicho,—necesito vengarme.

¿Podria cumplir su palabra?

Capitulo XLVI.

Nuevos enemigos.

La desaparicion de Litzajaya, dadas las condiciones de su calabozo, del cual no habia podido salir sino de una manera sobrenatural, puso en conmocion á todos los habitantes de Panuco.

No faltó quien atribuyera á los teopixques, sus guardadores, la libertad de que gozaba.

Pero el rumor que se levantó contra ellos contestaron con pruebas, declarando que momentos antes de llegar á buscarla la habian visto personas de toda la confianza de Nazatcotlan.

El nuevo cacique sabia que Litzajaya era una poderosa enemiga, y quiso á toda costa buscarla para deshacerse de ella.

Envió emisarios en todas direcciones para que averiguasen su paradero, y lo único que pudo saber

fué que ninguno de los habitantes de los alrededores de la ciudad la habian visto.

Aquella misteriosa desaparicion preocupaba fuertemente los ánimos, y el pueblo que es supersticioso siempre, y más cuando es idólatra, empezó á atribuir milagro de los dioses la salvacion de la esposa de Naothael.

Aquel dia debia ser un dia de emociones.

Aguardaba Nazatcotlan noticias de Litzajaya, cuando Aizo se presentó á su vista profundamente alarmado.

—¡Ah! Señor,—exclamó,—ocurren grandes novedades.

—¿Qué pasa?—preguntó con gran impaciencia Nazatcotlan.

—Nos han tendido una emboscada.

—¿Quiénes?

—Los españoles.

—Explicate.

—Es cierto que los vimos partir hace poco, y que creimos vernos libres de ellos. Pero su marcha era simulada. Por fuerza deben permanecer cerca de Panuco, aguardando á que lleguen sus compañeros para realizar sus siniestros designios.

—No te comprendo. ¿De qué compañeros hablas?

—Señor,—dijo Aizo,—acaban de llegar á la costa de Panuco, casi desde la azotea de vuestro palacio podeis verlas, cinco embarcaciones monstruosas, como nunca las hemos visto por aquí, y en canoas han salido de ellas muchos soldados como los espa-

ñoles, deteniendose á la orilla, sin duda á aguardar órdenes de Velazquez de Leon.

Nazatcotlan, sobrecogido al oír aquella noticia, subió acompañado de Aizo hasta la elevada azotea de su palacio, y divisó en efecto á muy corta distancia de la ciudad, en la costa, cinco naves con la bandera española.

Inmediatamente reunió á su consejo, que dió cuenta de lo que pasaba, y sometió á su deliberacion el partido que tomara en aquellas circunstancias.

Por de pronto acordaron reunir todas las fuerzas de que podia disponer Nazatcotlan para distribuirlas convenientemente

La mitad saldria á la playa al encuentro de los que con tanta osadia, y sin prévia licencia de Nazatcotlan, invadian su territorio.

Las demás saldrian por la parte de tierra al encuentro de las tropas de Velazquez de Leon, las que sin duda alguna, á juzgar por las sospechas de todos, acudirian en auxilio de sus compañeros.

Una hora despues estaban en movimiento las tropas, y Nazatcotlan avanzaba al frente de ellas y se dirigia á la playa.

El pueblo se olvidó de Litzajaya y de su desaparicion, para ocuparse de aquel nuevo y temible incidente.

Los españoles vieron acercarse en actitud amenazadora á los soldados de Panuco, y como era natural, volvieron á embarcarse en las canoas y se retiraron á bordo.

Nazatcotlan llegó hasta la misma orilla, y des de allí sus soldados desafiaron á los españoles, segun su costumbres, es decir, con un discordante y atronador vocerío.

Por toda respuesta disparó cada uno de los buques un cañonazo, argumento que obligó á los de Panuco á retirarse en tropel, porque las balas abrieron brechas en sus filas.

Nazatcotlan se retiró á Panuco con sus huestes, dejando espías para que le anunciase la actitud que tomaran los extranjeros.

—¿Qué hacemos, señor, en esta actitud?—le preguntaron sus ministros.

Nazatcotlan les contestó que al dia siguiente les participaria su resolucion.

El riesgo que corria su independenciam necesitaba un pronto y enérgico remedio, y el cacique pasó toda la noche meditando el partido que deberia tomar.

Al dia siguiente llamó á sus consejeros y les participó el plan que habia concebido.

—Conviene que pasemos á los ojos de los extranjeros como cobardes,—le dijo.—Hoy aguardarán sin duda alguna á que volvamos á presentarnos, y como no lo haremos, se envalentonarán. En cuanto anochezca es necesario que vayan á la playa trescientos ó cuatrocientos soldados, que aprovechando la oscuridad de la noche caben en la arena agujeros y pongan sobre ellos ramas, y encima tierra para disimularlos.

Los españoles se atreverán mañana, al ver que

hoy no acudimos, á desembarcar, quizás con ánimo resuelto á llegar hasta la ciudad, y á luchar con nosotros.

Pero como al llegar á tierra ciento quedarán sepultados, los demás huirán, nuestra gente estará prevenida, nos apoderaremos de los que hayan caido en esos capos, y sabremos á qué atenernos.

Este plan pareció excelente á los consejeros de Nazatcotlan, y lo siguieron al pié de la letra.

Los espías declararon que durante la noche no habian oido ruido, ni habian visto que los extranjeros tratasen de saltar en tierra.

Al dia siguiente permaneció desierta la plaza.

Ninguno de los tripulantes de los buques abandonó su puesto.

Por la noche, á favor de la oscuridad, fabricaron los cepos los soldados de Nazatcotlan, y antes de que amaneciera volvieron á ocultarse tras de las casas más próximas á la playa.

Las esperanzas de Nazatcotlan no se realizaron del todo.

En vez de saltar á tierra gran número de soldados españoles, vieron que en un esquife llegaron á la plaza doce soldados y un oficial.

Antes de saltar en tierra observaron con el mayor cuidado para ver si habia alguien, y creyendo completamente libre el campo, clavaron un remo en la arena, amarraron á él la barquilla y comenzaron á andar en direccion de la ciudad, ostentando uno de ellos una bandera blanca, como para indicar que iban

de paz á parlamentar con los habitantes de la ciudad.

A pocos pasos se undieron tres en los cepos, hábilmente formados por los indios.

Los demás, al ver aquello, desearon retroceder; pero de los nueve cinco más quedaron cogidos en el lazo.

Los cuatro restantes iban á acudir en auxilio de sus compañeros, cuando vieron acercarse á los cepos á todo escape á multitud de indios, y para salvar su vida corrieron al esquife, y á fuerza de remo llegaron hasta donde estaban las embarcaciones.

Instantáneamente rodearon los cepos, de donde pugnaban por salir los españoles, más de cuatro mil indios, que entregados á una frenética alegría, saltaban y bailaban en torno de aquellos lazos, manifestando de este modo su júbilo por tener en su poder á los extranjeros.

Sacáronlos de allí, y cogiéndolos en brazos, se dirigieron con ellos á la ciudad.

Cuál no sería su asombro al ver que uno de los prisioneros, hablándoles en un idioma muy parecido al suyo, les dijo:

—Lo que habeis hecho puede costaros caro. No venimos á luchar con vosotros, sino á pedir os algunas noticias que necesitamos para seguir nuestro viaje. El lazo que nos habeis tendido irritará á nuestro jefe, el cual, desesperado, desembarcará á todas sus tropas y asolará vuestra ciudad.

El que hablaba de este modo era un escribano, llamado don Lopez Barbadillo, hombre ya de edad,

que habia acompañado á Cristóbal Colón en su último viaje á Santo Domingo, y habia aprendido perfectamente los varios dialectos de los indios.

Por esta razón habia acompañado á los españoles que habian desembarcado para conferenciar con los de Panuco, con el objeto de servirles de intérprete.

Entre los prisioneros habia uno, al parecer muy jóven, barbilampiño y tan tímido y apocado, que al verse rodeado de indios, al oír sus salvajes gritos y al ver que trataban de apoderarse de él, se desmayó.

Los prisioneros fueron conducidos á la presencia de Nazatcotlan.

Todos los habitantes de Panuco celebraron aquel suceso, y acudieron á la plaza donde se levantaba el palacio del cacique, ávidos de saber el castigo que iba á imponer á los extranjeros por su atrevimiento.